

CERVERA BORRÁS, Juan (1997): *La creación literaria para niños*. Bilbao, Mensajero, Biblioteca Pedagógica, 1997.



Hay quienes dan fruto abundante, hasta el extremo de dar fruto cuando ya no están en esta vida efímera que se nos concede a los mortales. Es el caso de Juan Cervera, catedrático de Literatura Infantil y Dramatización de la Universidad de Valencia. Una parte importante de su existencia la dedicó gozosa y apasionadamente a la noble tarea de enseñar su materia y, más aún, de enseñar con el ejemplo, con el esfuerzo, con la fe. ¡Cuántos profesores, sobre todo de Educación Infantil y de Educación Primaria, pero de otras etapas también, han tenido la suerte de tenerle como guía y como amigo! Los que no tuvieron esa fortuna, pueden leer sus obras, un legado del que tantos somos beneficiarios, porque su espíritu era generoso y estimulante, por naturaleza y por su formación familiar, pero también por la convicción profunda de que había asumido la tarea, modesta pero ineludible, de la formación de profesores,

y particularmente de los que van a enseñar la literatura para niños. Su campo de trabajo predilecto era la Literatura Infantil —que él mismo cultivó con acierto—, y en esta área de creación y de enseñanza volcó todo el entusiasmo y el esfuerzo de que fue capaz hasta que se le partió el corazón.

Su última obra —póstuma pero viva— había surgido con ocasión de preparar la Memoria requerida para alcanzar la cátedra con que coronó su carrera. En sus páginas, que sabemos con qué intensidad y cariño trabajó, queda constancia de su vocación y de su dilatada experiencia. En este libro Juan Cervera pone de manifiesto, una vez más, cómo estuvo siempre atento a las necesidades, más que de los sucesivos planes de estudio, de la realidad de los centros escolares. Para ello, encontró un campo fértil: el de la literatura dramática para ser representada con y para los niños, junto con toda la riqueza de las creaciones literarias poéticas y narrativas que pueden interesar a los más pequeños.

El volumen, de más de trescientas páginas, consta de dos partes y de un apéndice. En la Primera Parte analiza la relación entre el niño y la literatura, para ocuparse en la Segunda Parte de la creación literaria para niños. El Apéndice es un breve estudio de *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*, de Jacinto Benavente, como ejemplo de análisis de esta obra, debida a un comediógrafo de éxito en piezas destinadas a otro público.

La Primera Parte rinde tributo a algunas de las tendencias críticas que se han desarrollado en los últimos tiempos, tales como la teoría de la recepción, la intertextualidad y la pragmática. De ellas capta posibilidades pedagógicas para fomentar la lectura, la atención

responsable y el espíritu crítico de los receptores de textos literarios. Y no contento con eso, Cervera anima para que colaboren quienes trabajan en otras disciplinas —como la música, pongamos por caso— y cuantos investigadores continúen, ensanchen e incluso sobrepasen su trabajo. Su espíritu preocupado por el respeto que merecen todos los seres, y particularmente los que se inician en el conocimiento de la literatura, hace algunas útiles observaciones para que los que enseñen literatura sean profesionales atentos a la sensibilidad y a la manera de percibir de los más jóvenes, los cuales han de avanzar en su capacidad para interpretar la obra literaria y disfrutar con ella.

En la Segunda Parte —que es la más extensa del libro— el profesor Cervera demuestra, una vez más, su dominio de la literatura destinada a los niños. Se ocupa de las creaciones poéticas, narrativas y teatrales con consideraciones relativas a estos géneros y a algunos escritores contemporáneos. Su predilección por la literatura dramática —conocida por anteriores estudios del propio autor— se aplica a un capítulo sobre precisiones de concepción y de terminología de la dramatización. En otros dos capítulos estudia la dimensión artística del teatro y analiza sus componentes literarios y de comunicación, aplicándose finalmente a una valoración de la conocida obrita de Benavente.

Como final, una selección bibliográfica, de estudiosos españoles o de investigadores sobre los temas objeto de su trabajo, cuyas obras se han editado, salvo alguna excepción, en España, y que, por consiguiente, pueden ser una guía accesible y de orientación certera en un elevado número de referencias.

El diseño de la portada de este libro aparecido unos meses después de fallecido el profesor castellonense representa a una jovencita que parece leer cómodamente algún texto literario para su edad. Es una opción, como tantas otras, aceptable y posiblemente acertada. Pero este último libro firmado por Juan Cervera me hace recordar uno de esos huevos de Pascua realizados en el taller de aquel fino artista joyero, de moda entre la aristocracia de San Petersburgo a finales del siglo pasado y hasta 1917, que fue Carl Fabergé. Pienso, especialmente, en una hermosa pieza que se ha podido ver recientemente en el Ermitage. Se trata de uno de los cuarenta y tres huevos de Pascua imperiales conservados, de los que regalaron el día capital del calendario ortodoxo ruso: el domingo de la Pascua de Resurrección, los dos últimos zares: Alejandro III, a su esposa; y Nicolás II, a su madre y a la zarina Alejandra. Esas magníficas piezas de joyería y diseño —como las más humildes ofrendas de los huevos decorados, de ave o de dulce— simbolizaban la gran esperanza para el espíritu cristiano y el afecto del recuerdo personal. El famoso huevo de 1898, de estilo modernista, aparece sostenido por cuatro delicadas patas de oro, de las que parten unos breves tallos y unas de aquellas flores imperecederas, del taller de Fabergé, que soportaban los crudos inviernos rusos: lirios del campo, en oro con perlas y diamantes. La exquisita factura vegetal cubre a modo de enredadera un huevo de superficie rosada, conseguida gracias a una aleación recubierta por un delicado esmalte nacarado. La sorpresa que todo huevo de Pascua contiene surgía en este caso presionando un resorte: Un trébol con las miniaturas en esmalte del último zar y de sus dos primeras hijas, aún de corta edad, Olga y Tatiana.

Como Fabergé en el campo de la orfebrería y de la joyería, Juan Cervera había producido antes otros objetos bibliográficos apreciables por su atractivo o por su funcionalidad,

en su caso, pedagógica. Pero, para la Pascua de su despedida, nos había preparado la sorpresa de *La creación literaria para niños*. Este libro, así como el fabuloso huevo descrito más arriba, fue hecho con un rico material debidamente trabajado y va coronado también con un trébol: los capítulos que tratan de la poesía, de la narrativa y del teatro, los tesoros literarios que atrajeron la atención docente e investigadora del profesor Cervera. Ya he adelantado, a grandes trazos, qué encierran las páginas del libro. Pero podía haberme limitado a decir como el renombrado joyero cuando esquivó cortésmente la curiosidad de Alejandro III, que quería conocer de antemano los detalles de su regalo: «Su Majestad (el lector) no será defraudado».

M^a Teresa BARBADILLO DE LA FUENTE